

JEAN DESPOIS: *L'Afrique du Nord.*

Pocos sitios hay tan esenciales en la Geografía política y en la Historia del mundo como la zona natural del Mediterráneo, cuna de las más importantes formas de cultura. Sin embargo, hasta algunos años recientes ha podido darse la paradoja de considerar como países casi desconocidos y exóticos a los que forman el lado Sur del Mediterráneo occidental, en el cual están también España, Francia e Italia, es decir, las tres naciones esenciales de la civilización en lenguas neolatinas, todas enlazadas de modos diversos con el cuarto lado. Se han cerrado los ojos a la evidencia que hace del Sur una parte del trozo marino en el que están Valencia, Marsella y Nápoles. Y se ha tenido poco en cuenta la unidad interior de las diversas comarcas del citado lado meridional. Acaso las confusiones han tenido por origen el grave inconveniente de que sus partes, a pesar de componer un todo geográfico muy preciso, no han tenido un nombre único universalmente admitido, pues indistintamente se denomina o ha denominado a ese todo: «Provincia Africa», «Mauritania», «Berbería», «Magreb» y «Africa del Norte», proponiéndose también los nombres de «Africa menor» y «Atlántida» o país del Atlas.

Sin embargo, es evidente la unidad física del cuadrilátero limitado por el Mediterráneo, el Atlántico y el Sáhara, dentro del cual está casi todo Marruecos, la parte civil de Argelia y cuatro quintas partes de Túnez, o sea un total de 850.000 kilómetros cuadrados, en los cuales se repiten de un extremo a otro los mismos caracteres paisajísticos y humanos.

Resulta, pues, que el conocimiento de las tierras que constitu-

yen la «acera de enfrente» de las costas meridionales españolas no es posible sino tomándolas como un bloque o como un conjunto coordinado. Lo cual no puede hacerse sin evitar dos peligros: el de la interpretación puramente pintoresca o panderetesca de las realidades berberiscas y el de perderse en los detalles administrativos demasiado minuciosos y los localismos reducidos de cada rincón o ciudad. Afortunadamente, el conocimiento total de Berbería, o sea de la llamada en francés «Afrique du Nord», puede ya tenerse completo y objetivo en sus realidades físicas y en las actividades de sus habitantes gracias a un libro reciente publicado en París. Es *L'Afrique du Nord*, del profesor en la Universidad de Argel Jean Despois, que, aparecido en la colección internacional «Colonies et Empires», ha sido editado por las «Presses Universitaires de France» en este 1949.

Es una obra gruesa y de apretado texto en cuyas páginas desfilan las realidades berberiscas a lo largo de cinco partes por orden funcional. Primera son las condiciones naturales de régimen de temperaturas, vientos, lluvias, circulación de ríos, torrentes o pozos y relaciones entre el clima y la vida en esos «países fríos de sol caliente», donde el clima determina lo social e histórico. Además, el relieve orográfico, clases de suelos, efectos de sequía y erosiones, significado político y natural de las comarcas montañosas y de las zonas de pastoreo, principales tipos de paisaje vegetal, límites y enumeración detallada de productos agrícolas y minerales. Segunda parte son las condiciones humanas de los pobladores en relación con el medio berberisco en general. En la estructura social berebere agraria, en la posterior cultura urbana y caravanera del arabismo, en las modificaciones de la acción francesa sobre el ambiente por la administración, la técnica, el régimen de la propiedad, la escuela, las obras hidroeléctricas y la industrialización. Luego los grupos económicos humanos en la actualidad, o sea nómadas, seminómadas, trashumantes, sedentarios-cerealistas, sedentarios-arboricultores y ciudadanos. Después la enumeración estadística total de habitantes actuales, y, por último, las características especiales dentro del conjunto. De Marruecos, con su predominio de las montañas y su psicología dinámica; de Argelia, casi sin ríos y con predominio estepario, y de Túnez, con colinas abiertas a un mar suave.

A lo largo de todas esas partes, que detallan con exactitud mi-

nuciosa y abundancia de datos estadísticos la Geografía física y política del Magreb en 1949, palpita, a pesar de lo prolijo de las cifras, una doble dinámica tensión. En lo físico es la lucha de las tribus para adaptar la vida rural local a las alternativas del clima, y es también el esfuerzo de la técnica para modificar ese clima abundante en sorpresas, gracias a la labor de una ingeniería que allí multiplica sus recursos. En lo humano son los problemas del contacto entre civilizaciones muy diferentes por sus aspiraciones y sus técnicas, la reacción de las viejas sociedades rurales musulmanas y su parte en la evolución profunda de su país, las complejidades de los contactos de varios grupos con culturas bereber, árabe, francesa, española, italiana y judía, así como el modo de irse fundiendo en un estilo humano norteafricano. Ese estilo es esencialmente una variante moderna del antiguo modo mediterráneo. Lo cual no puede sorprender a quien tenga en cuenta la semejanza de los países berberiscos con los de España, Italia y Sur de Francia, la poca anchura del Estrecho de Gibraltar e incluso del Canal de Sicilia y la longitud de Berbería, que se alarga sobre 2.000 kilómetros a los lados del meridiano de Greenwich en el sector de Europa occidental.

«Africa del Norte debe a su posición el ser un país de afinidades mucho más europeas que africanas. Su relieve dislocado y subdividido, la estrechura plegada de sus montañas parientes de las cadenas terciarias de Europa la oponen al relieve tabular de la vieja masa africana, tan uniforme en la rígida horizontalidad. Su clima, templado, cambiante y caprichoso, y la variedad de sus paisajes botánicos, la diferencian netamente de las grandes zonas con estaciones del año regulares, que en Africa se extienden en fajas de Oeste a Este. En fin, sus poblaciones no tienen nada de común con las de Africa negra que habitan más allá del Sáhara, pues por su raza blanca, sus géneros de vida y sus enlaces espirituales están emparentadas con las de todas las costas del Mediterráneo, y en el curso de los siglos han participado en las diversas civilizaciones que allí se han desarrollado.»

Esta es la tendencia general del libro reseñado, destacada con insistencia desde el prólogo. Se completa en lo geográfico-físico por una empeñada insistencia sobre la oposición entre Berbería y el Sáhara, que más al Sur representa la avanzada del Africa propia-

mente dicha. «Soudée au continent africain par sa partie la plus désertique.» Berbería (o sea la impropriamente llamada Africa del Norte) no forma, sin embargo, parte de ella. El desierto no aparece más que en el extremo Sur berberisco. Su límite comienza junto al Atlántico, un poco al Norte del Draa, en la planicie de Uad Nun, corta la vertiente meridional del anti Atlas, sigue al pie del Alto Atlas oriental marroquí, el Atlas sahariano de Argelia y las cadenas tuneçinas de Gaisa, sin llegar hasta el mar, porque la rechaza la humedad del Golfo de Gabes. Berbería se distingue así de los países áridos, a los cuales está soldada. Es muy diferente de Libia; cuya estructura tabular se extiende hasta el mar, y no tienen ninguna relación física con Egipto, cinta de oasis metidos entre desiertos. Y en el Sáhara, que es uno de los mayores obstáculos del mundo, tiene una barrera aisladora respecto al lejano y exótico mundo negro.

Mundos quietos, estáticos y macizos son el de Nigricia (la Etiopía de los romanos), lo mismo que el desértico, mientras que Berbería es movable. Respecto al suelo, Jean Despois recuerda que la masa continental africana fué plegada en oscuros periodos anteriores al Primario, y en el Primario mismo, pero la llamada «Africa del Norte» se formó en el Terciario por el pliegue y la emergencia de montes hechos en varias etapas de movimientos convulsos, a la vez que en Europa surgía el sistema de los Alpes. «Al borde de un Continente africano» fijo desde los más antiguos tiempos, Berbería aparece, pues, como «une jeune région de formation récent et complexe».

Y resulta que dejando ahora a un lado el libro de Despois, otros testimonios argelinos actuales coinciden en la afirmación de atribuir también a su país las mismas características de complejidad mediterraneísta a la vez que de vocación clásica. Gabriel Audisio y Albert Camus, escritores de expresión francesa nacidos en Argel, coinciden en proclamar como esencia espiritual «norteafricana», común a musulmanes y no musulmanes, el afán de representar una síntesis viva del Oeste y el Este mediterráneo con Grecia, Roma y Arabia, el empeño del humanismo que era el hombre, la medida del hombre y la salvación del hombre. Y definen el empeño de los «norteafricanos» que escriben, investigan o hacen arte como «une teendance au classicisme». Cosa, al fin y al cabo, no extraña si

se piensa en que la tierra natal de todos esos modernos moros y cristianos fué también la de San Agustín y Septimio Severo en lo antiguo, o la del equilibrado Ibn Jaldun en el Islam del Magreb.

RODOLFO GIL BENUMEYA

MARCEL GRIAULE: *Arts de l'Afrique Noire*. Editions du Mhêne. 127. págs., 168 figs. y 4 láms. París, 1947.

Marcel Griaule es bien conocido en los medios africanistas por toda una serie de trabajos, fruto del estudio directo del Africa negra, entre los que destaca, sobre todo, su espléndida monografía sobre las máscaras de los dogones, en que ha demostrado un talento y una fina sensibilidad que le capacita de manera especialísima entre los africanistas para acometer la publicación de un libro sobre el arte del Africa negra como el que ahora nos presenta en la obra de que vamos a ocuparnos brevemente.

Griaule ha seguido un camino fácilmente criticable al exponer el arte del Africa negra, puesto que ni se ha atenido rígidamente al cuadro geográfico y menos al cultorológico y de provincias artísticas. Esto, que le haría fácilmente vulnerable a múltiples críticas, es para nosotros una calidad que apreciamos grandemente en *Arts de l'Afrique Noire*, puesto que nos ofrece, en poco más de un centenar de páginas y de figuras, un cuadro movido, exacto y lleno de vida de las manifestaciones artísticas todas, principalmente las escultóricas, y en menor proporción de las artes decorativas; en definitiva, de todo ese conjunto abigarrado del Africa negra, tan estúpidamente decantada por un snobismo fatal para la africanística, causa de que el arte negro sea desconocido en círculos en que debiera tener un puesto preeminente.

De la lectura del librito de Griaule, al que deseamos muchos lectores en España, puede sacar el no iniciado una impresión nítida de cuán compleja es el alma negra y cuán variadas y llenas de fantasía creadora están sus producciones artísticas. El negro no es el salvaje embrutecido, más próximo de la animalidad que de lo humano, que afirman desde ciertas autoridades coloniales hasta aquellas gentes que, poco preparadas e insensibles, proclaman su ignoran-

cia, presentándole como un sér incapaz de vida que no sea vegetativa. El alma negra tiene una espiritualidad tan rica y variada que en sus manifestaciones artísticas presenta tan radicales diferencias como puede haber en Europa, entre el arte de los otones, un gótico flamígero o un barroco; la misma diferencia que existiría entre esculturas de esos tres momentos podemos encontrar entre una escultura bambara, una estatua camerunesa o de Benín.

El libro de Griaule no es —ni lo ha pretendido su autor— un manual, ni tampoco una síntesis sistemática y exhaustiva: es simplemente una exposición apasionada y viva de alguna de las muchas facetas espirituales y plásticas del Africa negra, que, por su tono y por la forma en que está concebido, puede ser utilísimo para conquistar adeptos al arte negro entre el gran público culto, que tan necesario es para crear un ambiente propicio a la historia primitiva del Africa. Al libro de Griaule podría tachársele de arbitrario; lo es, ciertamente, pero de una arbitrariedad que llena su principal fin: comunicar algo de la emoción y sentido profundo del arte negro a los lectores blancos.

Asistemático es el criterio de Griaule al utilizar, para la ilustración de su libro, única y exclusivamente ejemplares de los museos y colecciones francesas: París, casi exclusivamente. Afortunadamente, la riqueza museográfica francesa es lo suficientemente rica para dar una gama variada del arte negro, y ese hecho precisamente es el que da un valor especial al libro de Griaule para el africanista de oficio, puesto que resulta un buen repertorio de las colecciones francesas en que se dan a conocer, por vez primera, algunos ejemplares o se reproducen en forma muy aceptable piezas poco conocidas o mal reproducidas.

Desde el punto de vista «microafricano», que a los españoles nos corresponde por vocación en unos o por fuerza en otros, encontramos en Griaule bastantes puntos y representaciones plásticas, próximas a nuestra minúscula Guinea, y así en la figura 29 hay una representación de antepasado pamúe de ese extenso ciclo fan del que hasta ahora tan poquísimos se han preocupado los españoles y del cual las únicas piezas escultóricas, algunas excelentes, son las traídas por la Epaoe (expedición paletnológica y etnológica del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, de Madrid, en 1946, a

la Guinea española), ya que lo poquísimos recogido hasta esa fecha lo ha sido sin método científico alguno.

De desear es que *Arts de l'Afrique Noire* encuentre en España muchos lectores, para que pronto el africanismo, en su sector de Historia primitiva y en el de Historia del arte, deje de ofrecer el cuadro desconsolador que nos ofrece hasta la fecha y que demuestra tantas cosas que son mejor callar.

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA

MARGERY PERHAM y otros: *Mining, Commerce, and Finance in Nigeria*. Publicado bajo los auspicios del Nuffield College. Faber and Faber Ltd. Un vol. de XXVIII + 386 págs. Londres, 1948.

Con este segundo volumen termina la obra dedicada al estudio de Nigeria (*La economía de una dependencia tropical*) por un brillante grupo de especialistas apoyados por el Nuffield College. Si en el primer volumen se estudiaba la economía rural y la producción agro-pecuaria con fines comerciales, en éste las materias son, naturalmente, otras, pero la calidad del trabajo se mantiene a la misma altura que suscitó tantos elogios en las reseñas dedicadas a la aparición de aquel primer tomo.

Tras una introducción de miss Margery Perham, que ha preparado la edición, el volumen se abre con un capítulo sobre la minería de Nigeria, debido a miss P. Bower, y en el que resulta especialmente curioso el estudio de las perspectivas de dicho sector productivo, con una representación gráfica de las posibles condiciones del mercado del estaño en el período siguiente a la segunda guerra mundial. El capítulo segundo, por J. Mars, desarrolla un tema de tanto interés en las economías coloniales como las empresas extraterritoriales. El autor plantea el problema agudamente, desde que, al principio, analiza los caracteres de dichas empresas y los simulacros con que a veces se busca una evasión fiscal en la metrópoli, y aporta valiosos detalles, sobre todo en lo que respecta a la famosa United Africa Company y a las tendencias monopolísticas y monopsonísticas de este tipo de empresas. Con todo ello logra hacer de su aportación una de las mejores dentro de este grupo de excelentes trabajos.

Finalmente, un tercer capítulo de C. Leubuscher cierra esta primera parte, con detalladas descripciones de la política comercial de Nigeria, que permiten llegar a una serie de interesantes conclusiones apoyadas en numerosos cuadros estadísticos.

La segunda parte del libro comienza con un capítulo, también de J. Mars, sobre el sistema monetario y de crédito en Nigeria. En él se hace historia de la moneda en dicho territorio y se analiza el funcionamiento del patrón monetario basado en la libra esterlina, se consideran las fluctuaciones de la circulación monetaria y se sugieren algunas ideas sobre posibles reformas, para terminar con un breve examen acerca del sistema monetario y crediticio, seguido de tres apéndices sobre cuestiones conexas. La Hacienda Pública, en el capítulo siguiente, es estudiada por la ilustre figura de sir Alan Pim, y en él se encuentran abundantes detalles de los presupuestos del territorio. Finalmente, miss P. Bower realiza una segunda aportación dedicada a la balanza de pagos de Nigeria en 1936, que calcula con minucioso detalle tras de unas consideraciones previas. Después, un último capítulo sintetiza las conclusiones de todo el conjunto.

Es precisamente a este capítulo último al que vamos a dedicar también nuestros principales comentarios, pues si convenía sacrificar parte de la reseña a la información objetiva sobre el contenido del volumen —precisamente por su interés—, no conviene menos recoger brevemente las conclusiones, elaboradas por A. J. Brown sobre los estudios de sus predecesores. «Problemas económicos de una dependencia tropical» es el título general de estas conclusiones que, desde los primeros párrafos, clasifican en cuatro grupos dichos problemas: bajo nivel de vida, inseguridad económica por depender de un reducido número de productos básicos, dependencia también respecto del mundo exterior y problemas provocados por la transitoria situación en que se encuentra toda la estructura social.

El bajo nivel de vida, que lleva consigo una escasa demanda e insuficiente capacidad de absorción como mercado, plantea problemas tales como la necesidad de no limitarse a un incremento de la productividad sin acompañarla por una mejoría de los servicios públicos e incluso por cierto influjo sobre el consumo, al mismo tiempo que obliga a tener en cuenta las eventuales repercusiones de un mayor nivel de vida sobre el incremento de la población, que

quizá pudiera llegar a anular las ventajas logradas con una mayor producción. En el segundo aspecto la inestabilidad económica proviene principalmente de la variabilidad de los precios mundiales de productos básicos y de las consecuencias de una competencia exterior sobre una economía tan concentrada en escasos sectores productivos. La dependencia del mundo exterior proviene de que las directrices de la política económica en estos territorios son establecidas por instituciones exteriores a él y no sujetas a su control político, al mismo tiempo que la dirección externa de empresas muy importantes incrementa esos inconvenientes. Finalmente, la fase de aguda evolución social —precipitada por los acontecimientos de los últimos diez años— en que se hallan estos territorios complica los tres aspectos anteriores y los funde y sumerge en un proceso mucho más amplio de adaptación a nuevas circunstancias. ¿Podrá ofrecer el elemento humano la mano de obra cualitativa y cuantitativamente necesaria para las nuevas técnicas industriales y agrícolas que exige la proyectada elevación del nivel de vida? Aun en caso afirmativo, ¿será prácticamente posible mantener equilibrada esa oferta de mano de obra con las oportunidades disponibles para su empleo, de manera que no se encrespe demasiado el oleaje de la inquietud social? Y, durante el forzoso período transitorio entre la decadencia de las viejas instituciones y la insuficiente consolidación de las nuevas, ¿qué estabilidad y asentamiento interno tendrá cada individuo, desarraigado y aún no trasplantado, y qué solidaridad existirá en esa colectividad, desvinculada de sus cuadros y fragmentada en otros moldes?

Parece razonable pensar que una generación, por lo menos, crecerá y pasará sin haber conseguido resolver su problema íntimo. Y, sin embargo, es muy posible que la fuerza de las cosas lleve a esa misma generación a exigir y a recibir facultades políticas que exigirían normalmente la previa solución de aquel problema. La posibilidad de un conflicto entre el proceso político y el económico se presenta entonces a nuestra imaginación, y la gravedad de los anteriores interrogantes y de otros análogos pone bien de manifiesto lo trascendental de la época en que se vive en esos países y lo delicado de las decisiones que reclama. Muchos aspectos de esa realidad sobre la que hay que actuar son muy escasamente conocidos, a la vez que, respecto de otros, sólo vagas respuestas permiten su-

poner la orientación —pero no el alcance exacto— de las medidas que se adopten. En tales condiciones es muy de desear que se multipliquen libros como esta excelente colección de trabajos, y que, poco a poco, vaya siendo así menos ignorada la región desconocida por la que habrán de caminar en el futuro territorios y sociedades que representan una notable proporción de la superficie y de la población del mundo.

J. L. S.

# NOTICIA DE LIBROS

